

4/222

los domingos de merino

8455

EL SANTIAGO DE DARÍO

Dos años alcanzó a vivir Rubén Darío en la capital: con sus amigos mundanos fue habitué del restaurante de Papá Gage, y en soledad de boliches harto más tenebrosos. Aquí pasó mil pellejerías, a pesar de los interiores fastuosos en los que se le veía a menudo.

por Roberto Merino

La capital en tiempos de Darío: lo aterraba el trágico de los carros con sus "venenosas urnas negras".



Darío estaba, no obstante, bien lejos de esa realidad: ganaba una soldada como gacettillero y ni siquiera se veía capaz de cumplir con las exigencias de la redacción periodística. Iluso y melancólico, tiraba de frío en su pieza y hacía un desparpajo de publicaciones francesas sobre la cama para abrigarse. El mencionado chaququito era una suerte de "levita protestante", en desuso por esos días. Uno de los costureros del diario, Alfredo Irarrázabal —que "le tenía horror a la melena, llevaba frac y cerbata blanca y fumaba Aguilas Imperiales"— puso a Darío en vergara oculto con su sastre.

Las nuevas amistades, si bien atractivas, deben haber resultado un poco crueles para el poeta. Luis Orrego Luco, por ejemplo, "mordiente, con los labios siempre entreabiertos por una sonrisa temible", consideró que Darío no sabía distinguir un coche de una casa. Alberto Blest Bascuñán alguna vez le soltó la brutalidad de que podría ganar más exhibiendo sus pies que escribiendo versos.

La ciudad era entonces "un pedazo de París injertado en una aldea de indios". "La imprenta que guardo de Santiago, en aquel tiempo —escribió Darío—, se reducía a lo siguiente: vivía de arroques y cerveza en una casa alemana para poder vestirme elegantemente, como correspondía a mis amistades aristocráticas. Temor del cólera que se presentó en la capital. Tardes maravillosas en el Santa Lucía. Crepúsculos inolvidables en el Parque Cousiño. Horas nocturnas con Alfredo Irarrázabal, con Luis Orrego Luco o en el silencio del Palacio de la Moneda en compañía de Pedro Balmaceda".

El poeta le tenía a la muerte, a la penumbra y a los "romanticos flúidos". En La Moneda se quedaba hasta tarde con Balmaceda, entre japonerías, pliques y libros clásicos, refugiándose del cólera y del mundo. Después volvía caminando hasta una casa de Nataniel Andino, donde también vivió. En las calles, lo aterraba el trágico de los carros con sus "venenosas urnas negras".

Darío tuvo además amistades de otras esferas. La de un asturiano, dueño de una cigarrería en el Portal Fernández Concha, y la de una cierta Domitila, a la que presumiblemente amó.

Armando Donoso abió años después a la mujer, cuando sus encuentros ya estaban marchitos y se dedicaba a "mercader en el bajo trato de la flaca carne femenina". Se acordaba vagamente de Darío: que era muy pobre y que en vez de camisas usaba unas percheras baratísimas. "A través de su recuerdo —dice Donoso— pasó el poeta como una luz que no deja huellas". **RM**

LUIS ORREGO LUCO
CONSIDERÓ QUE
RUBÉN DARÍO NO
SABÍA DISTINGUIR UN
COCHE DE UNA CASA,
Y ALBERTO BLEST
BASCUÑÁN ALGUNA
VEZ LE SOLTÓ LA
BRUTALIDAD DE QUE
PODRÍA GANAR MÁS
EXHIBIENDO SUS PIES
QUE ESCRIBIENDO
VERSOS.

I HAY huellas del paso de Rubén Darío por Santiago? No muchas, salvo en la memoria de algunos conocedores. Al que atraviesa hoy las calles del centro no se le ocurre pensar que el poeta las aplazó hace poco más de un siglo. Podemos imaginarnos la tarde de invierno de 1886 —con neblina, humos ferroviarios y fábricas encendidas— cuando Darío llegó a la Estación Central y se encontró con un magnate jovial, con abrigo de cuello de piel, alegre seguridad en los ojos y que además espesaba el aire con un habano. Era Eduardo Mac-Chure, director de «La Epoca», para quien el nicaragüense traía un par de cartas de recomendación.

El encuentro no fue feliz. Parece que Mac-Chure esperaba a otro tipo de persona, y este se delató en su mirada: "En aquella mirada brillaba un pobre cuerpo de muchacho flaco, mi cabellera, mis ojeras, mi chaququito de Nicaragua, unos pantalones estrechos que yo creía elegantes, mis problemáticos zapatos y sobre todo mi valija".

Según Domingo Meli, Mac-Chure le recomendó no alojarse en el hotel donde le había hecho reservas (el "Inglaterra", en el Portal Fernández Concha), enviándolo en cambio a otro de índole oscura, llamado "Ambos Mundos". Sea como fuere, al tiempo el poeta estaba viviendo en un cuartucho sin luz en las dependencias de «La Epoca».

Este diario tenía su sede en Estación, cerca de Huérfanos. Era, según dicen, una suerte de «The Times» chileno, de una elegancia fría, con un salón griego con mármoles y otro salón "de los tiempos galantes", con cuadros de Watteau y de Chardin.

22 DE ENERO DE 2008

el Mercurio (supl.).

17

El Santiago de Darío [artículo] Roberto Merino

AUTORÍA

Merino, Roberto

FECHA DE PUBLICACIÓN

1998

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El Santiago de Darío [artículo] Roberto Merino

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa